

márgenes, cuyos habitantes habian huido del contagio, dejando á los moribundos sin socorro y sin consuelo. Ese espectáculo era desgarrador, y dimos gracias á la rapidez del agua que se llevó nuestra impotente lástima.

Belgrado, su ciudadela y sus innumerables minaretes, que parecian alzarse del mismo lecho del Danubio entre los vapores de la mañana, nos han presentado en el momento de la marcha un espectáculo magnífico hasta lo sumo. Esa grande ciudad ocupa á lo largo del rio, una llanura suavemente inclinada y guarecida hácia el lado de la Servia por la considerable eminencia sobre la cual está la ciudad, fuerte, con sus imponentes defensas. Entre dos pueblos tan inmediatos como Semlin y Belgrado parece imposible hallar diferencia, y sin embargo es tal, que del uno al otro se diria que média un espacio inmenso. Semlin tiene fisonomía europea, y por decirlo así, disciplinada, y en Belgrado domina la negligencia indiferente y asiática del pueblo otomano.

Al contemplar esa confusion de tejados rojos, de nogales con grande copa redonda, de negros cipreses y de minaretes cuyo brillo deslumbra, se comprende que en esa ciudad turca cada uno es libre de ocupar el sitio que guste y de levantar su casa

como quiera hácia la Meca ó hácia Constantinopla. Desde mitad del rio adivina uno las callejuelas tortuosas y húmedas que serpentean debajo de ese laberinto de árboles y de casas. Con el auxilio del anteojo descubriamos en el umbral de esas pintorescas mansiones, círculos de graves fumadores, muy ajenos de creer que eran objeto de un escrupuloso exámen, y que sus hinchados turbantes, sus morenos rostros y su actitud pacífica y floja venian á delinearse desde tan lejos en las improvisadas páginas del album de Raffet. En la parte mas alta de la ciudad se distingue la casa del príncipe de Milosch, bajá de Servia; pues Yusuf-Bajá que manda las fuerzas turcas de Belgrado vive en la ciudadela.

A poca distancia de la ciudad encontramos una barca en que iban muchas mujeres cubiertas con velos blancos, y que remontaban el Danubio acercándose á su inundada márgen. Detras de esa embarcacion y con agua hasta el pecho de los caballos marchaba una escolta bastante numerosa, de hombres armados de hachas, mientras que uno, con turbante verde, sentado en la proa del barco, y sin perder de vista á aquel precioso convoy, destinado probablemente al harem del bajá, parecia mandar el destacamento, ni mas ni menos que á las mujeres y á los remeros. Mientras nos ha alcanzado la



vista hemos seguido contemplando ese cuadro verdaderamente característico.

Pasó rápida por delante de nuestros ojos Semendria, cuyas murallas ocupan un grande espacio, mientras que en el otro lado, y en las llanas tierras de esa provincia que ya no es la Hungría propiamente dicha, á que se dá el nombre de límite militar ó el Banato, veíamos las centinelas avanzadas de esa infatigable guardia que vigila dia y noche los movimientos del rio, dispuesta á rechazar hácia la ribera sérvia todo lo que proceda de esas temidas playas. La utilísima y atinada creacion de las colonias militares del Danubio, ha resuelto para el Banato el gran problema de la seguridad ribereña, fundada en una organizacion, á la cual se debe al mismo tiempo, la prosperidad de los pueblos. La disciplina militar aplicada al servicio de la salud pública, no ha sido menos provechosa cuando se la ha destinado á la administracion, á la cultura y á la vida toda de esa vasta comarca, sometida por tanto tiempo al capricho de la guerra. Todo el territorio del Banato está dividido en regimientos y compañías; y la perfecta semejanza entre los deberes y los derechos de cada fraccion de esa especie de campamento perpetuo, es garante de la segura regularidad del servicio. La poblacion entera for-

ma un ejército disciplinado y organizado, que ora cultiva la tierra, ora cria ganados, ora guarda la frontera. Las colonias del Danubio, cuidadas paternalmente por el gobierno, funcionan con un órden que es un poderoso argumento en favor del sistema de asociacion. En ese sistema se posee colectiva y no individualmente, la administracion de los bienes pertenece á la cabeza de la familia, bien lo sea por el derecho natural, bien en virtud del electivo. Este ensayo ha producido los mas felices resultados de bienestar y de órden, asegurando al mismo tiempo la tranquilidad de una frontera importante: tan cierto es que algunas instituciones que en no pocos Estados se colocan prudentemente entre las teorías inaplicables, pueden desenvolverse en otros de un modo muy provechoso. Sacar oportuno fruto de las cosas es todo el secreto de un buen gobierno.

Los puestos de esos soldados colonos están escalonados en la ribera del Banato, á distancias bastante cortas para que puedan fácilmente corresponderse. Muchas veces el cuerpo de guardia es una barraca de barro: otras es una fábrica mas apropiada á su objeto, y está construida sobre la margen y levantada sobre postes para librarla de las frecuentes crecidas del Danubio. Esos vigilan-



tes, guardianes de la salud pública, viven allí en una soledad profunda, turbada tan solo por algunas aves acuáticas, familiarizadas con sus inofensivas bayonetas. A veces recorren el prado y van á matar la sed en la corriente los numerosos caballos de la caballería colonial. Los estábamos observando á medio dia cuando el calor caia verticalmente sobre la llanura y sobre el rio, apretados unos contra otros, con la cabeza baja é inmóviles, cual oprimidos por el peso de aquella atmósfera abrasada.

En medio de un sol ardiente y de una brillante tarde llegamos al punto en que el Danubio se estrecha para lanzarse arrebatadamente entre las altas murallas que le forman hácia el Norte los Karpatos, y los Balkanes al Sur. Desde el pueblo colonial de Ui-Palanka las undulaciones occidentales de esas dos grandes cordilleras se iban amontonando sobre una y otra márgen; por lo cual no tardamos en hallarnos encerrados entre dos rocas elevadas, en donde las detonaciones del *Francisco I* despertaban magníficos ecos. Motivaba todo ese estruendo Basiasch que no es sino el depósito de carbon para los vapores, y sin embargo, á Basiasch se dirigen tanto á la llegada como á la salida esos formidables saludos repetidos hasta diez veces por los ecos

lejanos: y lo mas estraño es que ese simple almacén se porta como una verdadera ciudadela, pues vuelve uno por uno los cañonazos que le envian.

Cuando hubimos pasado mas allá de Babakai, peñasco cónico bastante elevado que se alza en medio de la corriente, nos hallamos en el angosto precipicio en que se lanza el Danubio, dando mil vueltas á fin de buscar paso entre las peñas cortadas por él mismo. En la márgen derecha se ven aún encima de la montaña las ruinas de la antigua é imponente fortificacion de Columbatch, que en otro tiempo vigilaba como un buitres ese importante paso, y que hoy deja escapar de las concavidades de sus peñas aquellos temibles enjambres de moscas tan mortíferas para los ganados. Metidos en ese sombrío y misterioso lecho, en donde el rio verduzco corre sobre peñas, va uno de sorpresa en sorpresa; mas es tan agradable hallar de nuevo la naturaleza rica y pintada, que de buena gana se le perdonan al Danubio esas llanuras inundadas y melancólicas, el barro de sus ciudades y sus incómodos reptiles: se perdonan al *Francisco I* sus mal calculados altos, que plantan al viajero en mitad de la noche en la ribera; se olvida el esparciata régimen del buque, y se reconcilia uno con él tanto mas fácilmente cuanto que va á dejarlo muy en breve. En



medio de ese grande espectáculo de bramadoras aguas y de vegetacion activa, se llega al pié de una casita solitaria en la márgen izquierda. Esa casa, herméticamente cerrada para el viajero y abierta para los fardos de mercaderías es Drenkova, blanco adonde el viajero se dirige desde tres dias antes, y término de su lenta navegacion. Drenkova no es sino un nombre vano, ni mas ni menos que Basiasch, y si el pasajero contaba con una ciudad, con una cabaña ó con un miserable figon, pronto queda desengañado. Está en Drenkova y nada mas: la tabla le encamina á tierra y que pare de contar. Puede estasiarse contemplando la fresca yerba, los floridos zarzales, las montañas sombrías, le es dado escuchar el eco salvaje que hacen resonar sus pasos.... está en Drenkova. Y sin embargo, esas playas inhabitadas, por su misma soledad están llenas de encanto y de reposo; por todas partes se descubre una vegetacion riquísima, en verano reina allí una dulce temperatura, porque cuando el sol descende hácia el horizonte, la altura de las montañas que rodean ese territorio arroja sus grandes y refrescadoras sombras sobre el Danubio. Algunos pastores frecuentan ese desierto, y su traje especial de esa parte del Banato está sacado casi todo de las ovejas que apacientan, cuya piel, vuel-

ta del uno ó del otro lado segun la estacion, les sirve de vestido y de tocado.

Todos habiamos salido del buque para disfrutar del paseo y del gusto de pisar la tierra firme: nuestros naturalistas á poco rato estuvieron dispersos hácia todas direcciones, mientras que Raffet, emboscado cerca de los caminos, clavaba en su album cuantas personas veia. Esos modelos venidos tan de propósito, eran mujeres que llevaban encima de la cabeza una especie de corona de tela rollada: una ancha camisa abierta por delante oculta apenas su busto: su estrecho vestido se compone de dos especies de delantales de colores charros, puestos sobre una saya muy ajustada; eran tambien soldados coloniales con uniforme muy sencillo, un capote rasgado, y un casquete pobre; eran caballeros del cuerpo de observacion de esa costa, que llevan una gorra de piel de carnero negro. Toda esa gente, tan amable como de aspecto pintoresco, se prestaba á los deseos de nuestro pintor, y la ligera recompensa que les daba por su instantánea inmovilidad, parecia causarles un gusto y un pasmo inesplicables.

Por grande que sea la belleza de esos sitios, cuando llega la noche desea uno encontrar un abrigo distinto de la bóveda celeste, y esta vez nos pareció que nuestro barco era muy preferible á la po-



sada hospitalaria, mas poco cómoda de Drenkova.

El 8 de Julio que era el cuarto dia de nuestro viaje, comenzó con los mas agradables auspicios. Al asomar el alba, una grande embarcacion en que iban los coches y los equipajes se habia adelantado para trasladarse á Alt-Orsova. Desde Drenkova á esta ciudad el trayecto no es navegable para los buques de grandes dimensiones, por las barras de peñas, y por las corrientes sinuosas y rápidas como cataratas que obstruyen y surcan el lecho del Danubio. Los viajeros toman barcas ligeras, cuyo fondo chato puede en todas estaciones atravesar los obstáculos que desgraciadamente interrumpen ese admirable canal. Nos habiamos embarcado en un lindo batel, armado de ocho grandes remos, y que hacia flotar en su pabellon, colocado á lo alto de la ligera arboladura, el nombre de *Tunde*. Separados apenas de la márgen, observamos la diferencia de rapidez, ó mas bien de tranquilidad que la superficie del rio ofrece en esta parte de su curso. Al acercarnos al pueblo de Islaz que se eleva en la costa del Banato, hemos hallado el Danubio cubierto en los dos tercios de su anchura de una espuma burbujante. La barra de peñas que parte de la márgen húngara, se estiende tanto por bajo el agua, que las embarcaciones tienen que acercarse á la ri-

bera de la Servia, en donde las coge una corriente que se precipita con celeridad estremada. Despues de muchos minutos de torbellinos y de ruido, la navegacion vuelve á ser tranquila por un rato, luego se entra en nuevos remolinos blancos de espuma, hasta el punto en que las montañas, bajándose, dejan á la mole de las acumuladas aguas circulacion mas libre.

De cuando en cuando descubrimos algunos pueblos, ora en la costa de la Servia, ora en la márgen opuesta, entre ellos Milanova, que de cinco años á esta parte ha reemplazado la triste aldea de *Birniksa*, y ha sido construida en honor, segun dicen, del hijo del Bajá Milosch. A la izquierda dejamos asimismo Triculé, antigua fortaleza compuesta de tres torres. Una de ellas, cuya base está bañada por el Danubio, se comunica por medio de un puente con el peñon, en cuya cima están las otras dos que son gemelas. Esa antigua fortificacion es hoy la morada de un apostadero sanitario.

Otra vez se estrecha el Danubio y entra en un nuevo desfiladero, en donde sus torbellinos se lanzan irritados contra el gigantesco obstáculo que los detiene. Dejónos en tierra el batel, y se nos presentó hácia todos lados el espectáculo mas grandioso de cuantos se ofrecieron á nuestra vista desde



que recorriamos esos paises. Una muralla de rocas que se alza á mas de ochocientos piés de elevacion se desploma inclinándose hácia la superficie de las aguas. A algunas toesas del nivel del Danubio y en los costados inferiores de esas peñas inmensas, serpentea un camino magnífico, trabajo reciente, continuado todavía con eficacia y digno de los grandes restos romanos de que el rio ha conservado preciosas reliquias en la ribera sérvia. En la del Banato hay una vasta gruta, y aprovechando las concavidades naturales se ha formado una especie de posada agreste bajo la bóveda misma de la caverna. Despues de un corto descanso, tomado á la sombra de ese fresco retiro, hemos seguido el camino hasta el lugar en que una escarpada senda conduce á la entrada de la gruta de *Veterani*, célebre en el pais y fuera de él por sus interesantes leyendas de proscritos, ladrones y combates. Durante la guerra que Hungría sostuvo contra los turcos en 1788, la gruta de *Veterani* sirvió, segun se cuenta, de atrincheramiento á una guarnicion de infantería, y un cañon izado con mucho trabajo, desde esa inespugnable batería dominaba hasta muy lejos el curso del Danubio.

La barquilla nos esperaba en el extremo del camino, y en ella hemos vuelto á bajar rápidamente

acercándonos á la ribera de la Servia. Observamos que por ese lado el pié de las rocas está regularmente tajado, á fin de que pueda circular alrededor de sus puntas un camino que sigue sin interrupcion las vueltas y revueltas del Danubio: ese camino es obra de los romanos, de esos gigantes que en sus guerras contra los Dacios, ocuparon por mucho tiempo el territorio antes de dejar colonias. No tardó en presentársenos en la misma márgen y entre las malezas una grande inscripcion, y los bateleros se detuvieron un instante, á fin de que pudiésemos contemplar ese venerable documento que acredita el victorioso paso del gran pueblo. Sobre una inmensa peña vertical aparece esa larga inscripcion guarnecida de un marco adornado de ricas esculturas y de águilas con las alas abiertas. A pesar de los estragos del tiempo y de los vestigios de fuego, que durante tantos siglos han encendido los pastores debajo de la histórica peña, aun pueden leerse las dos primeras líneas que dejan adivinar estas palabras:

IMP. CÆS. D. NERVÆ FILIUS NERVA TRAJANUS  
GERM. PONT. MAX.

Despues que hubimos contemplado desde una prudente distancia, para no causar recelo á los guar-



dacostas ese interesante recuerdo, que no puede menos de causar grande pasmo en ese desierto, y en esa playa quizás tan bárbara hoy, como lo era antes de conducir Trajano sus legiones á ella, tomamos de nuevo la direccion hácia Alt-Orsova, antigua fortaleza del Banato; y á poco tiempo estábamos instalados en la única y modesta posada de esa ciudad subalterna.

De todos los pasajeros del *Francisco I* que no pertenecian á nuestra comitiva, solo quedaban la jóven francesa que iba á Bukharest, y que corrió en Peterwardein tanto riesgo, y un viejo mercader armenio de agradable conversacion, y de finos modales. Este, á quien sus muchos viajes por aquellas aguas habian convertido en experimentado piloto del Danubio, no dejaba de hablar de sus temores por el temible tránsito que nos aguardaba al dia siguiente. Insistió en tales términos acerca de lo temerario que seria desafiar, estando el rio tan movido, las formidables barras que los turcos llaman *Demir Gapy*, esto es, la Puerta de hierro, que en cierto modo nos habiamos dejado convencer y resuelto á seguir el camino de tierra, para ir en compañía del mismo armenio, hasta Skéla, en donde esperaba nuestra llegada el buque de vapor del Bajo Danubio. Este arreglo, ademas, se avenia muy

bien con nuestros deseos de investigaciones, y nos hubiera permitido detenernos en Mehadia, lugar célebre por sus baños minerales, por la belleza de sus paisajes, y por los preciosos restos del lujo y de la riqueza romana, que aun se encuentran revueltos entre las fábricas modernas. Roma conoció esas aguas salutíferas, y su mitología, llena de imágenes, habia consagrado Mehadia á Hércules, á Venus, y á Hygia, diosa de la salud. Una circunstancia desagradable vino á oponerse á nuestros desiguos, y hubimos de renunciar á esa escursion interesante. El camino de tierra que conduce á Skéla, estaba entonces inundado en parte, y por lo tanto era forzoso entregarse á las temidas cataratas, y confiar nuestra suerte al batel que, al traves de esos escollos, debia llevarnos hasta la márgen válica. Dueños aún de algunas horas, cada uno las empleó á su manera. Orsova está muy pronto recorrida, pues tres calles perpendiculares al Danubio, y otras dos paralelas, forman todo el pueblo, cuyos habitantes son poco numerosos. La aduana se apoderó de nuestros equipajes, y mientras que con toda calma verificaba su largo inventario, fuimos á visitar el lazareto que está situado á corta distancia. Un tinglado dividido en tres fajas longitudinales, sirve de locutorio público, en el cual los guardias de sa-